

Hace pocos días, el gobierno de Milei echó por tierra un monumento a Osvaldo Bayer en Santa Cruz. Bayer, un socialista libertario, documentó los eventos de la Patagonia Trágica; eventos que, irónicamente, se vuelven a recordar ahora por la profanación del monumento.

La indignación es la respuesta inmediata, pero no es necesariamente la más inteligente. La Patagonia Trágica evidencia no sólo la violencia con que se exterminó al anarquismo argentino, sino también la vida exuberante y agitada que tuvo aquel ideal tan sólo un siglo atrás. En vez de estancarnos en la bronca, podemos hacer de todo esto una oportunidad para recordar el singular valor del anarquismo, el mismo valor que Bayer admiró toda su vida.

El anarquismo, por su riqueza y su naturaleza anti-dogmática, es imposible de definir. Comprende una variada y amplia tradición intelectual que retrocede a la ilustración y al liberalismo clásico. Comprende diversos movimientos obreros y sindicales nunca idénticos entre sí, como el extinto movimiento anarquista argentino, el socialismo libertario en España, y el anarco-sindicalismo norteamericano. Comprende una filosofía de vida, una postura clara, pero no dogmática, respecto de qué constituye una vida digna y qué valores son fundamentales para la felicidad del género humano. La frase *soy anarquista* implica una inmensa variedad de cosas, pero no es del todo ninguna de ellas.

Si a principios del siglo veinte los anarquistas eran (correctamente) considerados un peligro, y el movimiento anarquista era temido y perseguido, los anarquistas contemporáneos son burlonamente tachados de soñadores sin causa y desestimados como sectarios e impotentes. Por lo menos, esto es así en Argentina, donde la historia del movimiento obrero anterior a 1946 fue borrada por el peronismo a fuerza de sangre, censura y propaganda.

Sin embargo, considero que el *core* del pensamiento anarquista es extremadamente valioso, que ser anarquista no implica ser incapaz de pragmatismo, y que todos debiéramos ser (e incluso somos) un poco más anarquistas de lo que pensamos. Sobran ejemplos de anarquistas de principios del siglo pasado cuyas vidas son la antítesis de la impotencia, y tampoco faltan ejemplos en el mundo contemporáneo. Considérese, v.g., a Chomsky, cuya actividad política fue vasta, intensa, y guiada por un espíritu pragmático y serio. En verdad, la idea de que esta o aquella forma de socialismo carecen inherentemente de pragmatismo es simple propaganda. Si el socialismo, en cualquiera de sus formas, no fuese capaz de organizarse, ¿por qué fue (y sigue siendo) necesario destinar tantos recursos a evitar que lo haga?

Una buena síntesis de lo que el anarquismo *no* es la encontramos en uno de sus mejores exponentes, Rudolf Rocker:

Anarchism is no patent solution for all human problems, no Utopia of a perfect social order, as it has so often been called, since on principle it rejects all absolute schemes and concepts. It does not believe in any absolute truth, or in definite final goals for human development

[El anarquismo no es una solución patente a todos los problemas humanos, ni la utopía de un orden social perfecto, como frecuentemente se lo ha llamado, pues rechaza en principio todos los esquemas y conceptos absolutos. No cree en ninguna verdad absoluta, ni en objetivos definitivos para el desarrollo humano.]

Al rechazar *en principio* todo esquema absoluto, necesariamente debe considerarse opuesto al personalismo que tan lamentablemente contamina el pensamiento político argentino. Debe abstenerse de dar una receta universal respecto a cómo resolver los problemas políticos, y considerar cada evento de la historia de manera relativa:

Anarchism recognizes only the relative significance of ideas, institutions, and social forms. It is, therefore, not a fixed, self-enclosed social system, but rather a definite trend in the historic development of mankind, which, in contrast with the intellectual guardianship of all clerical and governmental institutions, strives for the free unhindered unfolding of all the individual and social forces in life.

[El anarquismo reconoce sólo la significancia relativa de las ideas, instituciones, y formas sociales. Es, por lo tanto, no un sistema social cerrado, sino más bien una corriente definida en el desarrollo histórico de la humanidad que, en contraste con la tutela intelectual de todas las instituciones clericales y gubernamentales, lucha por el desenvolvimiento libre e inobstaculizado de las fuerzas sociales e individuales de la vida.]

En este sentido, el anarquismo es una expresión pura de dos inclinaciones intelectuales que considero fundamentales: el pragmatismo y el anti-dogmatismo. Para un anarquista, es imposible adorar a un líder, un dogma, o abrazar un determinismo puro. La pregunta fundamental es *cuáles son los hechos*; sólo a partir de un análisis lo más objetivo posible de ellos puede desprenderse toda praxis. En consecuencia, un anarquista consecuente siempre está dispuesto a cambiar de opinión y no entretiene certezas absolutas.

En lo que concierne a cuestiones de principio, es inevitable establecer algunos de manera axiomática. Entre ellos, que la libertad individual y colectiva son el máximo valor; que toda autoridad carga con el *onus probandi* de justificarse, y debe ser dismantelada si no puede hacerlo; que el uso razonable de las fuerzas productivas y tecnológicas es el mejoramiento del estado *general* de las cosas, y en consecuencia deben ser puestas al servicio del bien común.

En la medida en que el anarquismo comprenda un amor irrestricto por la libertad, individual y colectiva, un anarquista consecuente no puede ni debe negociar con ninguna forma de tiranía. Esto es una terquedad justificada: o bien la política puede hacerse sin recurrir a la tiranía, o no debe hacerse en absoluto. Es importante notar que la oposición al poder concentrado, un ideal que retrocede al liberalismo clásico, es un principio general. No puede ni debe restringirse sólo a una u otra forma de concentración. En otras palabras, oponerse al Estado y doblegarse ante el capital privado es una inconsistencia; oponerse al capital privado sin cuestionar al Estado también.

Lo antedicho es trivial, pero en los tiempos que corren es importante aclararlo. En Argentina abunda una mutación aberrante y fraudulenta del "amor a la libertad". Se entiende por esto una ira patética contra el Estado, y además no contra sus aspectos opresivos —que, por el contrario, quieren robustecerse— sino contra su contingente rol de redistribuidor de la riqueza. Las jubilaciones, las universidades y los hospitales deben ser escuálidos e invisibles; la SIDE, la policía y el ejército, presentes y mórbidamente orondos. El Estado puede ser, y generalmente es, una fuente de opresión, pero el público general tiene al menos un mínimo grado de influencia sobre él. El capital privado, por el contrario, opera de manera arbitraria e inescrutable para el público, y pretende ser impermeable a todo tipo de influencia por parte de la población.

Considero, y esta ha sido la postura tradicional, que un anarquismo consecuente no puede ser individualista. Bertrand Russell, en su último mensaje público antes de morir, dio un argumento razonable para oponerse a toda forma de agresión y expansionismo. El argumento es simplemente que

every expansion is an experiment to discover how much more aggression the world will tolerate.

[toda expansión es un experimento para descubrir cuánta agresión más el mundo está dispuesto a tolerar.]

Debería resultarnos obvio, como lo era para Russell, que la admisión de una injusticia incentiva la proliferación de otras. Análogamente, si una sola persona

no es libre, la libertad de todas es más insegura. Por esta razón, además de las cuestiones de principio, es deseable *en la práctica* que todos gocemos de la misma libertad. Aunque en un marco de tiempo limitado parezca que un privilegiado, gozando de libertades derivadas de la privación de otros, se beneficia, en el largo plazo las mismas condiciones que lo privilegian vuelven su libertad insegura e inestable.

En lo que respecta al uso político de la violencia, el anarquismo es variado. Las corrientes clásicas han sido revolucionarias a la vez que se opusieron al uso del terrorismo. El mismo Severino Di Giovanni, que fue considerado incluso por el anarquismo de su tiempo un radical desmedido, pretendió siempre atentar contra instituciones o miembros oficiales del gobierno fascista, y sus actos tuvieron un innegable tinte terrorista como consecuencia del error, de la naturaleza torpe y cruel que es inherente a la violencia. Por ejemplo, Osvaldo Bayer dice del famoso atentado de Di Giovanni al consulado italiano:

¿Y si la bomba de Di Giovanni hubiera explotado en el escritorio del cónsul Cappani matando al carnicero de Florencia y al embajador de Mussolini, nada más? ¿Era distinta entonces la violencia? (...)

El problema era la violencia en sí. Una vez que se ha optado por ella no se sabe jamás si se pueden hacer acciones limpias y sucias. Por supuesto que hay diferencias. No es lo mismo ir a matar un verdugo a su guarida que arrojar una bomba indiscriminadamente en un mercado o en un café o en una estación de ferrocarril atestada de público. ¿Pero acaso el consulado facista era un lugar inocente?

Por otra parte, López Arango y Abad de Santillán, los dos voceros del anarquismo argentino, tacharon los actos de Di Giovanni como propios de la "mentalidad inclinada a la violencia extrema y bestial" que el fascismo había traído, reclamando que el anarquismo oponía al fascismo "una mentalidad ética superadora" y buscaba "resistir el contagio del fascismo con el arma invencible de una más elevada concepción de la vida".

Su naturaleza indomable, aleatoria y trágica (con todo el peso griego de la palabra), su inherente hamartía (), es un argumento sólido para oponerse a la violencia. Pero existe un argumento igualmente práctico y todavía más rotundo para desestimar el uso político de la violencia: a saber, que la probabilidad de victoria es aproximadamente nula. El poder concentrado, estatal o privado, monopoliza los medios para ejercer la violencia y se reserva además el derecho. El Estado es dueño armas, soldados y policías, y el capital privado, además de tener sus activos propios, suele ser dueño del Estado. La resistencia armada era

difícil en el siglo pasado: en este, me parece imposible. La resistencia pacífica y organizada, y el mejoramiento del sistema por vías institucionales, aunque lento y dificultoso, tienen más probabilidades de victoria.^[1]

En lo que toca a nuestra vida individual, considerada al menos de manera heurística como separada de los demás, el anarquismo también ofrece una perspectiva enriquecedora. La desarrollé con algo de detalle en mi entrada *On individuality*, y más someramente en *On free love*. Prefiero no repetirme: allí está dicho lo poco que sé decir al respecto. Aquí, prefiero referir el precioso resumen de Bakunin:

La libertad del hombre consiste sólo en esto: que ha de obedecer leyes naturales porque él mismo las ha reconocido como tales, y no porque han sido impuestas por alguna voluntad externa, humana o divina, colectiva o individual.

El párrafo no es un *slogan*: invita a una reflexión seria que puede, y me atrevo decir *debe* llevarnos a cuestionarlo todo.

Desearía que el anarquismo sea para todos lo que ha sido para mí: una (tal vez la única) definición que no limita, sino enriquece; una promesa de abandonar, hasta donde sea posible, la frivolidad y el egoísmo; un arma para combatir todas las fuerzas que constantemente invitan a la inautenticidad y la apatía. Ante todo, es una postura política que, sin impedirnos operar con flexibilidad y pragmatismo en la realidad que nos toca, tampoco renuncia a un compromiso fundamental con los valores más elementales para la dignidad humana.

^[1] : *Las razones dadas nos son de principio. En el plan de los ideales no considero que toda forma*